

Regreso a Lassalle

Todo el orgullo, todo el desdén, toda la repugnancia que los feudales de Transilvania podían sentir frente a las pequeñas y rampantes razas inferiores estaban presentes en la forma en que el boyardo rumano Yanco Rankowitz apuntaba la larga pistola de desafío contra su adversario en el amanecer del 28 de agosto de 1864.

Su adversario era judío, intelectual, revolucionario; había pasado por la cárcel y el exilio, era pobre y el dinero de que disponía se lo debía a la pensión que le pasaba una antigua amante agradecida. Desde todas estas terribles inferioridades, había osado enamorarse de la prometida del boyardo, no había aceptado que ésta le rechazase, había injuriado al padre de la muchacha... El noble rumano tenía derecho, como ofendido, a disparar primero. Estaba seguro de sí mismo. Una luz de ironía asomó en su mirada. No bastaba con matar: había, al mismo tiempo, que ser burlón y mostrar la calidad de su desdén, y el enojo por tener que enfrentarse en duelo con un ser inferior. Por eso apuntó directamente a los genitales. La bala fue certera. Y la herida suficiente como para causar la muerte. Así murió Fernando Lassalle, fundador de la Asociación General de Obreros Alemanes, autor del «Programa Obrero», creador de algunas teorías socialistas que tienen aún vigencia en los programas. Así pasó el movimiento socialista obrero alemán a depender de la dirección de Marx. Así, quizá, se modificó en alguna forma la Historia.

Engels:

«Un bribón ordinario»

Cuando, unos días después, Engels recibió la noticia en Manchester, escribió el epitafio para esta muerte absurda en una carta a Marx: «¡Y qué modo tan extraordinario de morir! Un aspirante a Don Juan que se enamora de verdad de la hija de un embajador bávaro y se quiere casar con ella. Choca con una pretendiente rechazada por la dama —que resulta ser, además, un estafador rumano— y muere en el duelo. Esto sólo podía pasarle a Lassalle, con su carácter único: una parte de judío, una parte de caballero, una parte de payaso, una parte de sentimental. ¿Cómo es posible que un político de su calibre se deje matar por un aventurero rumano?». Tres meses después, Engels escribía: «Cada día es más evidente que el gran Lassalle no era más que un bribón ordinario...», en un tono similar al que, unos años antes, le había hecho decir: «Es un judío

UN ROMANTICO DEL SOCIALISMO

por JUAN ALDEBARAN

pringoso disfrazado con joyas y brillantina» (1).

El regreso a Lassalle

Lassalle vuelve a aparecer ahora en una novela de Stefan Heym (República Democrática de Alemania) con una posibilidad de revisión. La casi simultaneidad de esta novela con la obra dramática de Peter Weiss «Trotsky en el exilio» (ver TRIUNFO, número 412) es algo más que una simple coincidencia. Como la publicación de los escritos de Labriola o el examen por George Lichtheim de los orígenes del socialismo (2), como los intentos de revisión práctica de la obra del «maldito» Wilhelm Reich, cierta recuperación de Nietzsche, de Bakunin... Parece como si la inquietud del socialismo y el comunismo actuales quisiera buscar algún hilo perdido en el laberinto de los revisionistas, de los excluidos, de los dejados de lado

(1) Las citas de Engels sobre Lassalle están tomadas de los «Escritos» de Friedrich Engels seleccionados y anotados por W. O. Henderson, que publica en castellano Ediciones Península, en traducción de Jordi Solé Tura.

(2) Antonio Labriola, «Socialismo y Filosofía», el Libro de Bolsillo, Alianza Editorial. Traducción y prólogo de Manuel Sacristán.—George Lichtheim, «Los orígenes del socialismo», Editorial Anagrama. Traducción de Carlos Piera.

en los grandes años de la fundación y la lucha. Como si el tabú que durante largos años ha tenido la palabra revisionista se quisiera levantar y comenzase el momento de revisar a los revisionistas.

«Era un bastardo, pero me gusta»

¿Fue Lassalle algo más que un «bribón» que «explotaba las cuestiones del partido en beneficio propio»? ¿fue, más que «un individuo vacío», cuya conducta era «una pura bellaquería, una traición a todo movimiento obrero ante los prusianos», según los dictámenes de Engels?

Stefan Heym cree que si no hubiese fundado la Asociación de Trabajadores Alemanes, Marx y Engels no hubiesen tenido una organización apta para recibir sus doctrinas, y los trabajos de la Primera Internacional se hubiesen perdido. Pero también cree que marcó el comunismo con una huella grave: la del culto a la personalidad. Heym se ha preguntado si el culto a la personalidad fue algo puramente stalinista o si tenía raíces más profundas en el socialismo. La respuesta que se da es que esos principios estaban ya en Lassalle, ambicioso, trepador hacia la aristocracia y el poder «por escapar de los malos olores

del «ghetto»», apoyado en la clase obrera a la que no pertenecía —era hijo de un banquero— para izarse hasta el poder. «Era —dice Heym— un bastardo; pero, maldita sea, me gusta. Puede ser que haya afinidades. Era judío y revolucionario, y yo soy judío y socialista. Era un personaje fantástico; no una sola personalidad, sino muchas combinadas, y resulta que está olvidado. Se ha santificado a Marx y a Engels. Pero nadie menciona a Lassalle. Tengo la sensación de que es un ángel caído».

La novela histórica de Heym no ha sido, indudablemente, bien considerada en la República Democrática de Alemania. Los editores de su país no la han aceptado. Heym la ha publicado en el extranjero. Para ello debe cumplir un trámite previo: la presentación del manuscrito a la oficina de «copyright» del Ministerio de Cultura. Es un organismo constituido oficialmente para proteger los derechos de autor de los escritores alemanes en el extranjero, pero, en cierta forma, funciona como un organismo de censura. Al negar la autorización a Heym ha funcionado así. Pero al sancionarle por no aceptar este mecanismo, ha sido puramente administrativo: una multa de 300 marcos, menos de 6.000 pesetas. La novela de Heym se ha publicado en Londres y ahora va a aparecer en los Estados Unidos. El original está escrito en inglés. Heym vivió en los Estados Unidos desde 1935 —huyendo del nazismo en su patria—, se tituló en la Universidad de Chicago, ganó una Estrella de Bronce en el Ejército de los Estados Unidos y más tarde devolvió la condecoración como protesta por la guerra de Corea y las actividades del senador Joseph McCarthy. En 1953 volvió a Alemania (Este) y continuó su trabajo literario. No pertenece al partido, pero se considera socialista y revolucionario.

El rebelde Itzig

La vida de Fernando Lassalle tiene todos los rasgos de una novela. Un pie del socialismo europeo está puesto en pleno romanticismo, y Lassalle es un personaje romántico. Desde su infancia, el hijo del banquero de Breslau era intratable y rebelde. Se le expulsaba de las escuelas, y con pesar, porque al mismo tiempo tenía una retentiva, una inteligencia y una capacidad de análisis extraordinarias. Fue brillante en sus estudios de Filosofía y Economía Política en Berlín, pero su rebeldía le llevó al exilio de París, como consecuencia de unos opúsculos especialmente agresivos. En París vivió en el medio fantástico de los revolucionarios primitivos, entre exilia-

dos alemanes y rusos. Cuando volvió a Alemania en 1846 tenía sólo veinte años, una gran experiencia y una enorme cultura, mucha ambición y un nombre nuevo: Itzig, su seudónimo de conspirador.

Política y divorcio

Conoció entonces a la princesa Van Hatzfeld y fue su amante. Pero fue más: fue su defensor en un pleito de divorcio. La causa estaba prácticamente perdida, y Lassalle la ganó. Ganó, además, la fama. La introducción de Lassalle en este proceso fue por denuncia del marido. Ciertos documentos importantes del príncipe desaparecieron y fueron hallados en manos de amigos de Lassalle. El revolucionario fue perseguido por apropiación indebida —y finalmente absuelto—, pero sus comparecencias en el pleito de divorcio le permitieron pronunciar largos, vibrantes y brillantes discursos que le dieron en el país más fama que sus actividades políticas y que decidieron el pleito —que duró ocho años— en favor de la princesa. Esta le entregó una cantidad de dinero que le producía una renta importante.

Un socialismo prusiano

Entre tanto había continuado sus actividades políticas —sus intervenciones en el pleito de la condesa estaban, lógicamente, teñidas de política— y había sido encarcelado durante seis meses por delitos de prensa. Tal vez debiera su vida a esta ocasión. La prisión de Lassalle coincidió con los movimientos subversivos de fines de 1848 y principios de 1849, que fueron ahogados en sangre. Estas revoluciones populares aplastadas dejaron durante algún tiempo un vacío político que Lassalle empleó en una obra de gran erudición, un estudio sobre Heráclito.

En 1859, Lassalle estrenó su drama «Franz von Sickingen». Estaba basado en la vida de un aventurero alemán del siglo XVI, soldado de fortuna, capitán de una tropa de mercenarios que a veces trabajaba por su cuenta, a veces por la de un grande, con un carácter implacable. Murió en el castillo de Landstuhl, de una bala de cañón, sitiado por los ejércitos de tres príncipes. Lassalle utilizaba el personaje histórico para abogar por la constitución de un imperio alemán unido. Era el ideal prusiano, era el ideal de Bismarck. Lassalle defendía así, desde el socialismo,

las mismas tesis prusianas. Era, probablemente, la utilización de una palanca posible para entrar de nuevo en la actividad política. Pero, a partir de ese momento, comenzó a ser sospechoso para Marx y Engels de pactar con los prusianos. «Lo peor de todo —escribirla luego Engels— es que el estúpido fue incapaz de obtener un "quid pro quo" de Bismarck. No consiguió de él ninguna promesa concreta ni ninguna garantía firme. Parecía tan convencido de que iba a obtener el máximo de Bismarck como de que iba a matar a Rankowitz».

La doctrina del empobrecimiento colectivo

Al mismo tiempo que su drama, Lassalle publicaba el «Tratado de los derechos adquiridos» —el derecho tiene vida propia, que se desarrolla según leyes na-

turales; el derecho a la propiedad debe estar limitado por las necesidades de la vida social y ha de estar dirigido por el Estado— y se afiliaba al partido progresista. Un partido de «dentro del sistema», como se dice ahora, que pretendía —frente a Bismarck— que el Parlamento tuviera una acción política además de una acción administrativa.

Pero Lassalle iba más allá que sus camaradas. Pretendía salirse del sistema y se negó a pagar los impuestos personales. Escribía panfletos por su cuenta. Fue el momento que creyó oportuno para fundar su propio partido, con el «Programa Obrero»: el sufragio universal y la creación de cooperativas de producción financiadas por el Estado. En sus polémicas, Lassalle estableció una teoría socialista básica: que la población tiende a crecer más que el aumento de capital, de forma que aumenta el paro obrero y los trabajadores deben conformarse con salarios de miseria.

Ruptura

Bismarck, en ese momento, estaba tratando de hacer que el régimen conservador pudiera digerir las presiones revolucionarias; Bismarck aparecía coincidente con Lassalle en numerosos puntos. Uno era el sufragio universal. Otro, la necesidad de una intervención del Estado entre el capital y el trabajo. El tercero, la unidad de Alemania en un solo imperio. Bismarck y Lassalle tuvieron una serie de conversaciones privadas. En 1863, con todas estas ideas, estas doctrinas y la esperanza de obtener algo de Bismarck, Lassalle fundó la Asociación General de Trabajadores Alemanes. Se adelantó en unos meses a una creación de Marx y Engels: la Primera Internacional (1864). La Internacional se montó sobre la base de la unidad proletaria mundial y debía repudiar, según las doctrinas de Marx, el «socialismo de Estado» de Lassalle. Fue la gran ruptura. Si hasta entonces se habían observado con desconfianza, con temores, todavía conservaban una cierta amistad (Marx se alojaba en casa de Lassalle cuando iba a Berlín). «La reputación de Lassalle se debía —escribe Engels— a que Marx le permitía presentar como propios los resultados de sus investigaciones». Marx y Lassalle fueron enemigos desde entonces, pero la Asociación General prosperó. Se centró, se organizó, comenzó a constituir una fuerza real.

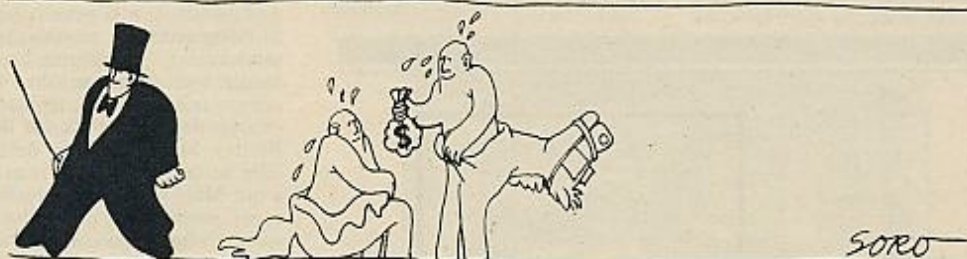
Amor y balazo

Iba a durar poco. Lassalle, enamorado, después de pasar por varios abrazos, fue a encontrar a Helen Dönniges. Princesas, condesas, intelectuales, habían pasado por su lecho de pequeño Don Juan. Pero quedó inerte cuando se enamoró de una muchacha de origen judío. Haym cuenta con cierto regocijo la fuerza de esta «llamada de la raza», de este regreso al «ghetto». Helen Dönniges no le fue, en principio, hostil. La figura romántica, la fama intelectual, política y literaria de Lassalle la atraían. Sus treinta y ocho años ofrecían aún una buena imagen. Pero el embajador Dönniges no tenía gran deseo de este retroceso al judaísmo, y mucho menos quería ver su carrera perturbada por la alianza con un revolucionario. Tenía más esperanzas en el boyardo Rankowitz. Helen no tuvo grandes inconvenientes en sentirse víctima de un «amor imposible» y, al admitir su imposibilidad, romper con Lassalle. El revolucionario tenía una pluma acerada en la polémica política y la mojó en hiel para escribir una carta injuriosa al

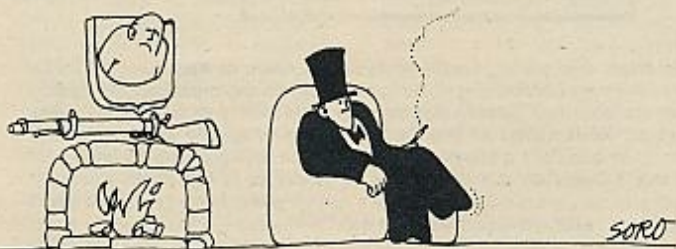
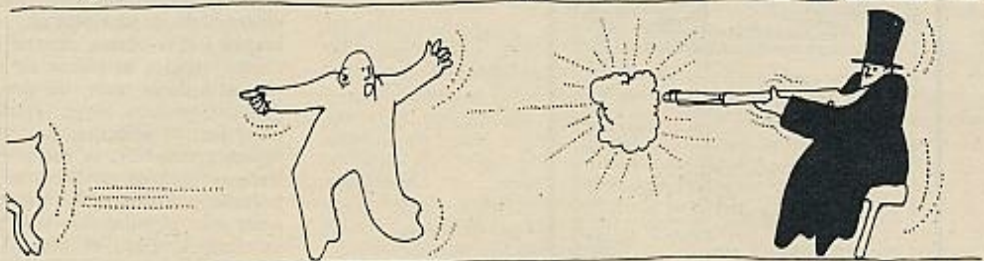
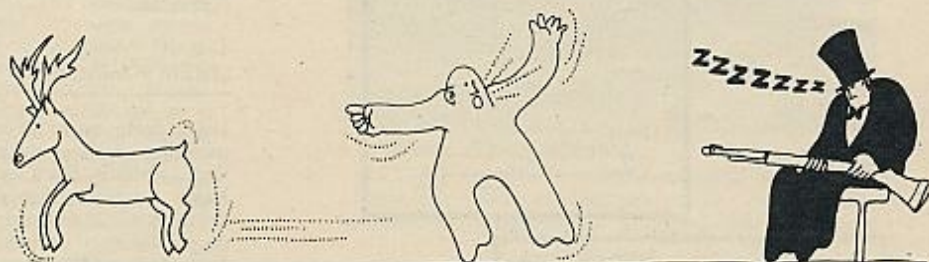


Stefan Heym cree que si Lassalle no hubiese fundado la Asociación de Trabajadores Alemanes, Marx y Engels no hubiesen tenido una organización apta para recibir sus doctrinas. Cuando días después de la muerte de Lassalle en duelo, Engels recibió la noticia en Manchester, escribió el epitafio para esta muerte absurda, en una carta a Marx: «¡Y qué modo tan extraordinario de morir! Un aspirante a Don Juan que se enamora de verdad de la hija de un embajador bávaro y se quiere casar con ella. Choca con un pretendiente rechazado por la dama —que resulta ser, además, un estafador rumano— y muere en el duelo. Esto sólo podía pasarle a Lassalle...». En las fotografías: tarjeta de un miembro de la Asociación Internacional Obrera y carta autógrafa de Marx a Engels, del 16 de agosto de 1867.

MASSIUS



SORO



SORO

UN ROMANTICO DEL SOCIALISMO

padre de la amada que se alejaba. El embajador pasó la letra al noble boyardo. Y así nació el desafío, la muerte de Lassalle y el final del movimiento.

El mito de Lassalle

La Asociación Internacional de Trabajadores de Marx anegó a la Asociación alemana de Lassalle. Después de un Congreso de las Uniones Obreras de Alemania se fundó, en 1869, el Partido Obrero Socialdemócrata (1869). Era ya un partido marxista. Tenía, según Heym, la huella profunda y duradera de Lassalle, sus virtudes y sus vicios. Siendo marxista, era lassalliano. Aún en 1891, muerto ya Marx, Engels, convertido en su «albacca literario», analizaba lo que había sido de Lassalle; lo que, según él, pasó y podría haber pasado: «No podemos permitir que la leyenda que glorifica a Lassalle y oculta la verdad se convierta en un artículo de fe del partido socialista. Por importantes que hayan sido los servicios de Lassalle al socialismo, su papel histórico en el movimiento es equivoco. El demagogo Lassalle pisa continuamente los talones al socialista Lassalle. A través del Lassalle agitador y del Lassalle organizador político se ve el Lassalle del Caso Hatzfeld. Lassalle siempre se comportó cínicamente en la elección de las armas para conseguir lo que quería, y prefirió rodearse de individuos dudosos y corrompidos...»

«Hasta 1862, Lassalle no fue más que un vulgar demócrata prusiano con fuertes tendencias bonapartistas: lo demuestran claramente sus cartas a Marx que acabo de leer. Después, por razones puramente personales, cambió de orientación y empezó su agitación política. A los dos años le encontramos aconsejando a los obreros que apoyen a la monarquía contra las clases medias. Lassalle intrigó con Bismarck. Tanto por su carácter, como por sus concepciones generales, los dos hombres tenían mucho en común. Las intrigas de Lassalle le habrían llevado inevitablemente a traicionar el movimiento socialista si no le hubieran matado a tiempo, afortunadamente para él... Si me fuerzan la mano, me verá obligado a meterme otra vez en el tema y a barrer para siempre el mito de Lassalle.»

Pero he aquí que el mito de Lassalle, traído por un socialista de la Alemania del Este, reaparece más de un siglo después del trágico duelo que le costó la vida... ■ J. A.